

HERENCIA

—Eres mi error. Un error. Un botón mal abrochado desde el principio.

Me quedé paralizada ante el rostro furioso de papá. Tenía los ojos inyectados en sangre y el aliento apestaba a alcohol.

—Las mujeres pobres suelen aferrarse más a sus hijos... Es lo único que tienen.

Incluso borracho, fue directo a herirme donde más me dolía.

—Pero tu madre ni instinto maternal tiene. No pongas esa cara. No hay nada más terrible que una mujer que no sonrío. Como tu madre.

En sus días de borrachera, papá me lanzaba bombas de palabras. Las frases hirientes contra mamá y contra mí no cesaban. Tampoco cuando estaba sobrio. Recuerdo que, cuando acababa de entrar en primaria, encontró en mi diario la frase

«Los bichitos son lindos» y se agarró de eso. Con un bolígrafo rojo, tachó la palabra «bichitos» y escribió «bichos». Era su forma de darme una severa lección: no debía ser tonta como mamá.

Que el destino no se puede torcer, que la hija imita a la madre y el hijo al padre; las pocas historias de superación que desafiaban esa vieja creencia no eran más que un mito. No tardé demasiado en aceptar la aterradora verdad de que la vida de mamá era mi futuro. Si al fin y al cabo el botón estaba mal abrochado, quizá lo mejor era vivir a mi manera, pero ¿acaso había sido yo la que lo había abrochado? Cuanto más lo pensaba, más rabia me daba.

Me quedé más de treinta minutos mirando el espejo, sin saber qué hacer. Intentaba forzar una sonrisa, pero enseguida se me caían las comisuras de los labios. ¿De dónde había salido este aspecto tan deslucido? Todo en mí era normalito. Papá decía que me parecía a mamá. Que mi carácter caprichoso y mi testarudez venían de ella. Al menos, eso me resultaba un alivio, pero sin verla yo misma era imposible saberlo.

—Por donde te mire, eres igual que tu madre. Por parecerte a ella, tendrás una vida llena de amargura. Solo vas a traer problemas. Ya verás.

No supe si era una maldición o si me estaba anunciando mi futuro, pero pensé que mejor no parecerme a papá. No quería

convertirme en una esclava encadenada a su destino que solo buscaba comodidad. Tenía que alejarme de ese hombre que se creía mi dueño. Vivir y morir a su lado era como ir directo al matadero. Prefería ser una guerrera. ¿O acaso la vida iba a tomarme por tonta? De pronto, papá murió. Mejor así. Tenía que marcharme. Si me demoraba, acabaría petrificada en esta tierra. Ya había decidido mi futuro sin siquiera haber terminado la secundaria. Huir era más importante que estudiar. Esa fue la jugada que escogí para triunfar en la vida.

Me escapé a la ciudad más cercana. Los bancos de la Cooperativa Agrícola Nonghyup y las estrellas que antes se veían por todas partes habían desaparecido. Sentí una atracción magnética hacia un motel reconvertido en un alojamiento para mujeres. Pensé que era peor que los refugios provisionales para damnificados que salían en las noticias, pero aun así acepté, aunque fuera un desastre. «Bah, será por poco tiempo», pensé, y seguí al encargado. Las luces automáticas estaban rotas y la escalera era oscura incluso de día. En aquel antro de cuatro pisos no había ascensor y cada planta tenía hasta veinticuatro habitaciones. Me tocó la 321. No me dio mala espina que el número fuera descendente en vez de ascendente, como el 123.

Parecía ilegal según la normativa de edificación, pero estos sucuchos servían para que gente como yo se salvara de la lluvia, así que la administración debía hacer la vista gorda. La primera noche me invadió una gran ansiedad por el espacio desconocido y los olores extraños.

Los gritos que se filtraban desde alguna habitación del tercer piso me erizaban la piel como uñas arañando una pizarra. Más tarde me enteré de que las clientas habituales del lugar eran mujeres que habían sido expulsadas del mundo de la prostitución y mujeres con problemas financieros. Allí no había lugar para el optimismo. Creo que incluso la gravedad te tira al suelo. El suelo deteriorado pierde firmeza y, como un pantano, tira hacia abajo, sobre todo a quienes luchan contra esa fuerza. Una vez que apoyas un pie, cuesta muchísimo salir.

¿Por qué solo a mí me resultaba tan difícil? Si la vida es un camino, el mío siempre es cuesta arriba. Por más que intentara ocultarlo, la desesperanzaapestaba. En la vida hacen falta tres tubos básicos. Un tubo para respirar: alguna pequeña diversión, lo que sea. Otro para esconderse en los momentos vergonzosos. Y, por último, uno por donde entre el dinero. Un ingreso regular es imprescindible. La luz, el gas, la factura del móvil, etc., son como multas que la gente civilizada paga por existir y respirar. Cuando no se pagan a tiempo, se desata algo que es casi una tragedia.

Tenía que conseguir un trabajo. Hojeando los clasificados del periódico, me llamó la atención de inmediato un anuncio que decía: «No se requiere nivel educativo». Los puestos de dependienta en las tiendas 24 horas eran fáciles de conseguir. No pedían experiencia, con aceptar el turno de noche era suficiente. Me presenté a uno de 22 a 6 y, como al dueño le estaba costando encontrar personal nocturno, me dijo que podía empezar esa misma noche. Me dejé convencer por la

tentadora promesa de que, aunque solo trabajara un día, me pagarían la jornada. Sin pensarlo demasiado, acepté.

Llegué temprano, alrededor de las nueve y media, y conocí al dueño. Primero tuve que escuchar cómo presumía de que gestionaba tres tiendas. Dijo que el sueldo era mejor en el turno de noche y, tratando de hacer un chiste, añadió que, como había un empleado hombre, podía encargarle a él las tareas pesadas. Señaló el estacionamiento y dijo:

—Ahí viene.

El empleado se bajó de un Volvo con veinte años de antigüedad. Saludó levantando el brazo y se acercó con aire desgarrado. Bastaron tres segundos para que se confirmara mi intuición: era feo, apenas un grandulón de un metro noventa. Tenía la piel raspada y manchada como el fondo de una sartén vieja y el pelo a la altura de los hombros. Al mirarlo con atención, noté que rengueaba y que también parecía tener problemas en el oído. Parecía acostumbrado a disimular una discapacidad con aquel paso exagerado.

—¿Eres la nueva? —dijo casi sin abrir la boca y, sin esperar a que le respondiera, se puso a hablar con el dueño.

Me dejó plantada delante de él y empezó a balbucear anécdotas. No me interesaba lo que le hubiera pasado el fin de semana, así que apenas le presté atención. Tras un par de frases banales, el dueño se marchó, no sin antes encargarle que me enseñara bien. Intuí que no era la primera vez que ocurría.

—¿Es tu primera vez?

Decidí copiarle el tono.

—La primera.

Me divirtió mucho verlo desconcertado.

—¿Es la primera vez que trabajas en una tienda de conveniencia?

—Sí, es la primera vez.

El tipo enderezó la pierna coja, que temblaba. Pensé que debía de ser medio sordo.

—Te lo explicaré paso a paso, así que presta atención. Si no entiendes algo, pregunta cuando quieras.

Me hizo un gesto con la mano y se adelantó. Lo seguí en silencio. Abrió la puerta en la que decía «Prohibido el paso al personal no autorizado» y sacó un chaleco manchado. Lo sostuvo con las dos manos, frunció el ceño y dijo con desinterés, como si ya lo hubiera vivido varias veces:

—Hoy no hace falta que te lo pongas.

—No hay nadie, solo empleados... —murmuró un cliente al entrar, y no pude evitar reírme.

Así fue como el primer cliente definió mi identidad. Primero aprendí a limpiar el suelo. En las horas muertas, aprendí a manejar la caja registradora. Cuando entraba mercadería la ordenábamos; si sonaba el timbre, él iba deprisa a atender al cliente.

—Llega tarde hoy —saludó a una mujer que acababa de entrar.

—¡Iba a matar a mi marido y he venido con blusa blanca y tacones! —Se echó a reír a carcajadas y dejó un sándwich sobre el mostrador.

—¿Quiere que le preste un mono de plástico? —respondió él con total seriedad.

Se me escapó una risa incrédula.

—No te rías sola, ¿quieres sumarte también? Así repartimos el seguro entre los tres —dijo la clienta, y tras pagar añadió con calma—: Lástima, habrá que reprogramarlo para un día de lluvia.

—Sí, hoy el atuendo no ayuda...

Sentí que sus bromas me arrastraban a su mundo. Él trataba a los clientes con picardía. Tenía cuatro años más que yo y, en cualquier otro contexto, ni siquiera habría cruzado la mirada con alguien como él, pero, cuando sonreía con torpeza, lograba que me sintiera extrañamente tranquila. Varias veces corrigió mi manera de hablar hasta que pude hacerlo con naturalidad. Me dijo que no me tomara las cosas en serio y que me relajara.

—Piensa que somos amigos y háblame sin rodeos.

Su delicadeza no se correspondía con su gran cuerpo, aunque de vez en cuando soltara algún exabrupto. Como compañero del turno noche era perfecto. Mientras yo apestaba a tabaco, de él emanaba un aroma a jabón de pepino y sus dientes eran impresionantemente blancos. Cuando sonreía, le brillaban las encías rosadas. Había algo primitivo en eso: si un humano de hace treinta mil años apareciera con un hacha de piedra, sonreiría igual que él.

Iba amaneciendo.

—¿Eh? Si yo no ordené nada... ¿Otra vez aquí?

Lo miré sin entender.

—El sol acaba de salir —añadió.

Una tenue niebla fluía despacio, como un río, creando un espectáculo imponente. Mientras lo contemplaba atontada, decidí quedarme en la tienda. No tenía otra opción, pero quería encontrarle una razón romántica.

En ese lugar donde hasta las cosas maravillosas parecían mentira, pasaba los días con las cortinas *blackout* cerradas, sin dejar que entrara nada de luz. Como una vela que se apaga, mi existencia se extinguía en ese barrio. Los días eran oscuros y las noches ruidosas. Al caer el sol, no se podía dormir ni pensar por culpa de las gallinas que cacareaban sin parar. En la oscuridad insondable se mezclaban ladridos, risas desagradables, voces roncadas de idiotas y una lluvia de insultos. Un mundo plagado de cosas dañinas por todas partes. Quizá la forma de sobrevivir en ese barrio era llegar temprano del trabajo y caer rendida.

Había una razón por la que me gustaba la casa, mejor dicho, la habitación: los bonsáis. Aunque decirles «bonsáis» era mucho. En realidad, eran frascos de vidrio, botellas y vasos de plástico en los que alguien había puesto flores silvestres. Algunas se habían deshecho de ellos como si fueran una provocación, pero, en general, terminaban en las habitaciones. Nueve de cada diez ventanas dejaban ver la silueta de alguna planta. Eran malas hierbas errantes que, al menos, se aferraban a un hilo de esperanza. Al principio pensé que eran un obsequio del dueño, pero luego descubrí que eran obra de

una de las inquilinas. Cuando volvía del trabajo, la vi subir por las escaleras con una maceta; era una señora bajita que no podía dormir. Las luces automáticas de la escalera seguían rotas y todo estaba oscuro.

—Disculpe, si no le molesta, ¿puedo ayudarla?

Al parecer, se sobresaltó al oír mi voz y mis pasos en la oscuridad. Oí el golpe seco cuando dejó la maceta en el suelo y una respiración entrecortada.

—No, está bien. No es nada.

Después se oyó su risa, intentando disimular el susto. En el desierto también florecen flores. «Cuando me vaya y llegue una nueva inquilina, seguro que volverán a poner una maceta», pensé, y con esa idea el aire frío del amanecer se convirtió en un aliento cálido que me calentaba las manos.

Me costó aprender a usar la caja registradora, pero al cabo de una semana le había tomado el tranquillo. En mis días libres dormía todo el día y leía. Las gallinas del barrio empezaban a cacarear y a pelearse. Como ya no iba a poder dormir, encendí la luz y me tumbé en la cama. Al abrir el libro, un insecto verde saltó sobre el papel. Lo observé durante un buen rato. «Aunque sea un bicho, si vive entre libros no puede ser malo». Si se hubiera posado en otra parte, lo habría aplastado, pero en el libro estaba a salvo. Sí, los libros son un lugar seguro.

De camino al trabajo, vi las piernas del grandulón del turno noche asomándose debajo de un auto. El capó estaba levantado y, por el ruido de las herramientas, parecía que estuviera torturando al coche. Al toser para anunciar mi presencia, salió del auto y pude ver su cinturón lleno de herramientas. Pareció leer mis pensamientos, pues, mientras intentaba levantarse, dijo:

—Si un hombre no sabe arreglar un auto ni hacer cosas con las manos, debería darle vergüenza. —Movía su mandíbula cuadrada con fuerza—. Mientras mis amigos agarraban los *joysticks* de las consolas, yo agarraba la caja de herramientas. ¿No sabes usar una sierra eléctrica, un taladro, un hacha, un martillo? Entonces no eres hombre.

—¿Y qué haces con eso? —pregunté.

—Cuencos..., cosas así.

Me reí al imaginar a ese tipo enorme moldeando cuencos diminutos con las manos gruesas.

—Hoy en día, la masculinidad básica consiste en saber cocinar. El mundo se acabará, ¿no? Hay que saber construir una casa de madera y sobrevivir. Cocinar es una lucha por la supervivencia.

Tenía razón, así que asentí.

—La carpintería es una profesión que sobrevivirá para siempre. Además, es genial hacer lo que uno quiere con las manos, ¿no crees?

Se parecía a la uña de un pulgar: gruesa y afilada como una uña encarnada. Su manera de hablar era tosca, pero no decía

tonterías. Su aspecto rudo no me desagradaba. De hecho, me tranquilizaba que no fuera mi tipo, así no habría entre nosotros esa tensión sexual que a veces surge entre un hombre y una mujer.

Aunque las estaciones cambiaron varias veces, yo no las sentía. Vivir se había vuelto tan monótono como dar vueltas en un carrusel. Aislada del bullicio exterior, seguía igual. Giraba en círculos con la ilusión de moverme, pero no avanzaba ni un paso. Sentía que lo único que hacía era perder el tiempo.

En la tienda de conveniencia solían entrar uno o dos clientes problemáticos; algunas noches, más de siete. ¿Por qué había tanta gente sin modales? El problema es que en la escuela no enseñan a pedir las cosas, a rechazar con cortesía, a aceptar un no por respuesta ni el impacto que tienen las palabras desagradables en los demás. «Menos mal que dejé la escuela», me decía para justificarme, mientras veía a esos adultos maleducados que no habían recibido educación fuera del aula. Por la tienda desfilaban todo tipo de clientes. Una clienta, amable y algo loca, con una voz muy suave, empezó a exigir:

—Cada vez que vengo, no hay yogur griego. ¿Qué pasa?

—Si no está exhibido, es que no hay.

—¿Miraste en el depósito?

—Si no está, es que no hay; tendrá que venir mañana.

—¿Y si me aparta algunos cuando llegue el nuevo pedido?

Eso también es un servicio, ¿no?

—¿Quiere que llame al encargado?

—Vamos, si te piden algo, solo hazlo. ¿Por qué no lo haces sin tantas vueltas? Con un simple «sí» bastaba.

—Sí.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Quiere que llame al encargado?

Mientras pensaba si llamar o no a Uña, la clienta salió apurada y entró un cliente con las manos grandes. Tiró una montaña de chocolates sobre el mostrador y, por curiosidad, le pregunté:

—¿Va a donarlos o son para sus hijos?

Mientras pasaba los códigos de barras a toda velocidad, el hombre me sonrió apenas con la comisura de los labios y me miró fijamente.

—Mmm... ¿Podría darme su número?

Pensando en cómo deshacerme de él, terminé de cobrar y le respondí:

—¿Quiere ser el padre de mis hijos?

—Ah..., mejor hazme un reembolso.

—Llévese sus productos, por favor...

A las dos de la mañana, pedirme mi número no me sonaba a amor ni a preocupación. Y, como si estuviera decepcionado porque todo terminara en ese momento, soltó de golpe un sermón de viejo verde:

—¡Eh! ¿Envejeciste alguna vez? Yo sí que fui joven.

Recé en silencio para que ese tipo desapareciera para siempre. Se puso a maldecir los errores de la casa matriz, del banco central y del Gobierno.

—¡Qué pasa con los precios! ¿Por qué está todo tan caro? ¡Podrían venderlo con un treinta por ciento de descuento!

—Lo siento mucho.

Me sentí casi como una funcionaria pública, una recaudadora de impuestos indirectos.

—¿Y por qué pides disculpas? —preguntó el cliente.

Solo entonces, cuando un cliente así me veía a punto de llorar, decía que era una broma. El estrés es una criatura de dos patas y mi rabia la hace trastabillar. Si juntara todas las veces que he pensado «*fuckyou*», llenaría mi habitación. En cada una de mis frases empezaban a asomar púas. Parecía que los clientes molestos ya ni segregaban hormonas; se desahogaban haciéndome chistes obscenos, como si así saciaran su deseo. ¿Será porque saben que vivo sola y soy joven? Cuando un hombre sin varios dientes sacaba la lengua y pronunciaba palabras pegajosas, sentía que tenían veneno. Mi cuerpo se paralizaba al instante. No tenía defensas contra el acoso; solo podía quedarme helada. Si uno caga, debería tirar la cadena en silencio. No entiendo por qué algunos parecen desesperados por mostrarles la mierda a los demás.

«Prohibido el paso al personal no autorizado». ¿Ahí solo entran los que *tuvieron relaciones* contigo? —decía uno.

—*Staff Only? You wanna see my stuff?* —lanzaba otro. Hasta los trabajadores extranjeros bromeaban mirándome directamente a los ojos.

Uña se encargaba de la mercadería y yo de ordenar el refrigerador, la atención al cliente y la limpieza. Cinco noches por

semana. Apenas me alcanzaba el tiempo en mis dos días libres para recuperar el sueño. Cuando se acercaba el amanecer y hasta los clientes problemáticos dormían, la lucha era contra el silencio. Si el local se quedaba demasiado tranquilo, hasta llegaba a echar de menos a los pesados. En esas horas leía. A medida que el trabajo se volvió rutina, empecé a prestar atención al entorno. Lo que más disfrutaba era cuidar a la gata que de vez en cuando visitaba la tienda para comer el atún que le daba. ¿Será eso sentirse madre?

Una noche, mientras la gata me apoyaba su hocico húmedo en la palma, oí un sonido suave de algo pequeño. Miré a mi alrededor y, en un rincón, vi a los gatitos. Debían de ser suyos. Se ve que pensó que el lugar era seguro. Fue a amamantarlos y los cuatro cachorros movían la cabeza como un motor de cuatro cilindros. Me sentí feliz solo de pensar en darles papilla con una jeringa.

—No se metan debajo del auto, que es peligroso. Tengan cuidado.

Hablar con los gatos, aunque no me entendieran, era mi único descanso. Aunque no supiera quién era el padre, al menos conocía a la madre; la geografía urbana de sus vidas me resultaba fascinante. Al verla lamer con esmero a sus crías, cerré los puños. Bastaba con alimentarlos, y ni siquiera eso había hecho mi madre. ¿Por qué, mamá, por qué...? Sentí que me hundía y que no había fondo.

Cuando hablaba con Uña, subía el volumen de mi voz debido a sus problemas auditivos. Era habitual tener que repetir una palabra varias veces. Si alguien más nos hubiera visto, tal vez habría pensado que lo trataba mal.

—Puedes irte ya, puedes irte ya. ¡Hora de salir! ¡De salir! ¡A casa, anda! —gritaba señalando la puerta con el dedo.

Era lo más considerada que podía, pero si un cliente nos hubiera visto, seguro que lo habría tomado por una falta de respeto.

—La ciudad devora la masculinidad.

Uña tenía un talento peculiar: podía tomarse una lata entera de gaseosa de un trago. Estaba en pleno proceso de evolución, pasando de una a dos latas. Reprimía el eructo con los ojos enrojecidos y una expresión triunfal.

«¿Eso es masculinidad», pensé. Pero le respondí con rodeos:

—Deberías presentarte a un concurso público. Tienes talento. No estaría mal que te dieran un Darwin Award.

—¿Darwin? ¿El de *El origen de las especies*?

Me hacía gracia verlo mover las manos, tan tímido. Era uno de esos pequeños placeres que tenía en el trabajo.

—¿Qué eres, una maestra? ¿Qué es eso de andar preguntando por los sueños?

La primera vez que le pregunté por su sueño, Uña respondió con brusquedad.

—Cuando conoces el sueño de alguien, puedes conocer un poco a la persona. Si no tiene sueños, tampoco tiene encanto. Es alguien aburrido, vacío.

Para mí, no tener un sueño era una señal de peligro. Me daban miedo las personas que vivían sin pensar en el mañana.

—Ahorrar dinero para montar mi propio taller de carpintería. Hacer un bosque con más de mil árboles de más de cincuenta años. Y pagarle el doctorado a mi hermano. ¿Y tú?

—Todavía no lo tengo.

—Aburrida y vacía, claro. Prueba con ser creadora de contenido. No creo que tengas seguidores, pero bueno.

En ese momento supe que no era un tipo peligroso. Había dicho claramente que el trabajo en la tienda era solo una etapa para ahorrar. Ahorrar sonaba a cuidar el futuro. A veces, con tono serio, me advertía de que tratar con tantos clientes problemáticos podía hacerme odiar a la gente, aunque también aseguraba que se aprendía algo de todo aquello. Apenas terminó de hablar, vi por la ventana a un chico de unos veinte años jugando con un grupo de niños de primaria. Comenté que parecía algo lento y me respondió que era su hermano menor. Me dio vergüenza haber hablado sin pensar.

—El tamaño real de un árbol no se mide desde el suelo. Hay que medir desde la punta de sus raíces bajo tierra. Pero nadie puede ver hasta dónde llegan.

Uña decía que lo más difícil al mirar la cara de un cliente era distinguir entre una expresión de dolor y una de soledad. Me contó una experiencia trágica, cuando no intervino con un cliente que solo parecía triste y después se arrepintió. Decía que seguro había más gente que moría de soledad que de

hambre. Que era como ahogarse, atrapado en las olas que uno mismo agita.

—Antes quería ser parte de ese ruido —dijo—, pero ya no. Solo me cansa. Algún día me iré a las montañas.

Hablaba con orgullo de cuidar a su hermano pequeño, el inteligente, y repetía que era diferente a él. A veces, al verlo cojear, pensaba que Uña debía de tener una historia dolorosa como la mía, pero no quise preguntarle. Todo el mundo guarda un secreto en algún rincón cerrado con llave. Uña era distinto de los chicos de mi edad. Al escucharlo hablar de ayudar a su hermano a hacer el doctorado, me pareció incluso admirable. Tal vez él y yo nos parecíamos. Los extraños tienen sensores que los hacen reconocerse sin palabras.

Amanecía justo cuando terminaba el turno. Me gustaba ver salir el sol.

—Mira el sol.

Uña se quedó quieto mirando hacia el este. El sol brillaba.

—No es el sol.

—¿Entonces qué es?

—Tiene dos nombres. Lo importante es que nunca tuvo solo uno.

—No inventes —le dije, molesta, cansada e irritada.

—A los que tienen muchos apodosos los quiere todo el mundo, ¿no?

—Entonces, ¿qué es el sol?

—Por la mañana, posibilidad. A veces no se ve, pero eso no significa que no exista.

—Qué tontería —respondí con aspereza ante tanta filosofía barata.

—Por la tarde, resiliencia.

No respondí.

—¿Sabes qué planeta viene después de Mercurio, Venus, la Tierra y Marte?

Lo miré con fastidio.

—Te lo diré mañana, el jueves.

Y me eché a reír.